

DOSSIER LAS CLASES TRABAJADORAS EN LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

La subjetividad de clase en los movimientos sociales por la vivienda. Análisis etnográfico del movimiento vecinal y las luchas antidesahucios en el Estado español

Javier Ortega Fernández*

Universidad de Alicante, España

j.ortega@ua.es

Recibido: 25-05-20

Aceptado: 26-08-20

Resumen: Una parte sustancial de los debates académicos giran en torno a la prevalencia o desaparición del sujeto *de clase* en el contexto actual de globalización neoliberal. El presente artículo incorpora ingredientes teóricos y empíricos a dicha discusión, y lo hace al amparo de un movimiento social que se desarrolla fuera de los marcos tradicionales de la lucha de clases. En concreto, se presenta un análisis comparativo y etnográfico sobre el proceso constitutivo de subjetividad de clase a través del movimiento por la vivienda en el Estado español, sucedido éste en dos periodos distintos: las luchas vecinales de 1970 y las organizaciones antidesahucios de la última década. Tanto las *Asociaciones Vecinales* como las *Plataformas de Afectados por la Hipoteca* serán las organizaciones de referencia para la reflexión epistémica. Partiendo de la siguiente pregunta: ¿qué fenómenos de identidad colectiva se descubren cuando se investiga a los actores *sentí-pensantes* de dichos movimientos sociales?, se realiza una revisión historiográfica sistematizada y un trabajo de

* Doctor en Antropología Social, sociólogo y Profesor asociado del Departamento de Sociología I de la Universidad de Alicante. Miembro del grupo de investigación CRITERI - Socioeconomía Crítica i Territori de la Universidad de Alicante.

campo etnográfico exhaustivo. Esto ha permitido analizar diferentes *experiencias y narrativas comunes*, que a su vez convergen en un fenómeno latente: la constitución de la subjetividad *de clase*.

Palabras clave: subjetividad; clase; movimiento social

Subjetividade de classe nos movimentos sociais pela moradia. Análise etnográfica do movimento de bairro e das lutas contra o despejo no Estado espanhol

Resumo: Uma parte substancial dos debates acadêmicos trata da prevalência ou desaparecimento da matéria da turma no contexto atual da globalização neoliberal. Este artigo incorpora elementos teóricos e empíricos a esta discussão, prestando atenção a um movimento social que se desenvolve fora das estruturas tradicionais da luta de classes. Especificamente, é apresentada uma análise comparativa e etnográfica sobre o processo constitutivo da subjetividade de classe através do movimento por moradia no Estado espanhol. Esse processo pode ser definido a partir de dois períodos diferentes: as lutas da vizinhança de 1970 e as organizações anti-despejo da última década. As Associações de Vizinhança e as Plataformas para Pessoas Afetadas por Hipotecas serão as organizações de referência para a reflexão epistêmica. Partindo da seguinte pergunta: que fenômenos de identidade coletiva são descobertos quando os atores desses movimentos sociais são investigados? Uma revisão historiográfica sistematizada e um exaustivo trabalho de campo etnográfico são realizados. Isso nos permitiu analisar diferentes experiências e narrativas comuns, que convergem em um fenômeno latente: a constituição da subjetividade de classe.

Palavras-chave: subjetividade; classe; movimento social

Class subjectivity in social movements for housing. Ethnographic analysis of the neighborhood movement and anti-eviction struggles in the Spanish State

Abstract: A substantial part of academic debates deal with the prevalence or disappearance of the class subject in the current context of neoliberal globalization. This article incorporates theoretical and empirical elements into this discussion, paying attention to a social movement that develops outside the traditional frameworks of the class struggle. Specifically, a comparative and ethnographic analysis is presented on the constitutive process of class subjectivity through the movement for housing in the Spanish State. This process can be defined from two different periods: the neighborhood struggles

of 1970 and the anti-eviction organizations of the last decade. Both the Neighborhood Associations and the Platforms for People Affected by Mortgages will be the reference organizations for epistemic reflection. Starting from the following question: what phenomena of collective identity are discovered when the actors of said social movements are investigated? A systematized historiographic review and an exhaustive ethnographic field work are carried out. This has allowed us to analyze different experiences and common narratives, which converge in a latent phenomenon: the constitution of class subjectivity.

Keywords: subjectivity; class; social movement

INTRODUCCIÓN

Decía Antonio Gramsci (2000 [1934]) que los intelectuales orgánicos y las organizaciones de vanguardia redefinían y garantizaban la buena marcha de los procesos revolucionarios y contra-hegemónicos. En clave socio-histórica, fueron las organizaciones del movimiento obrero las que protagonizaron grandes transformaciones, siendo el sindicalismo obrero su principal referente. Si bien la *conciencia de clase* era un asunto que, según el legado marxista, tan solo podía materializarse en el campo de las relaciones de producción, irrumpen desde finales del siglo XX múltiples procesos de acción colectiva que se desvinculan de forma explícita del *conflicto de clase* y empiezan a generar estructuras organizativas y luchas emancipadoras de otra índole.

Lejos de prescindir de los instrumentos de análisis clásicos, se abre un campo de estudio interesantísimo para los adaladores del marxismo, ya que se esfuerzan por redescubrir cualquier sospecha –por pequeña que sea– que asocie los nuevos fenómenos de movilización a la lógica dialéctica de la *lucha de clases*. También se abre una oportunidad para que otros investigadores, más allá de la corriente ortodoxa, reflexionen detenidamente desde presupuestos epistemológicos diversos. La presente investigación nace como respuesta problematizada a la propagación masiva de estudios sobre movimientos sociales recientes en los que se alude al desvanecimiento de la *identidad de clase*. Se trata, en parte, de apelar al pensamiento crítico como reacción a los postulados hegemónicos del posmodernismo del siglo XXI. En consecuencia, cabe preguntarse: ¿ha desaparecido realmente la condición de *sujeto de clase* en los procesos de movilización contemporáneos?, ¿qué identidades colectivas construyen los sujetos cuando participan en movimientos sociales que despliegan sus luchas al mar-

gen de las relaciones de producción?, ¿qué fenómenos de subjetivación se descubren cuando se investiga a los actores *sentí-pensantes* de dichos movimientos sociales?

Con el objeto de brindar un análisis reflexivo y etnográfico, por medio del artículo se presentan parte de los resultados de una investigación antropológica centrada en el movimiento por la *defensa del derecho a una vivienda digna* que tuvo lugar en el Estado español durante dos periodos distintos. Se está haciendo referencia a las luchas vecinales de la década de 1970 y al movimiento antidesahucios de la segunda década del siglo XXI. Se busca conectar, desde un marco analítico comparativo, dos escenarios de movilización acontecidos en contextos históricos, políticos y sociales dispares. De este modo, se persigue desentrañar determinados procesos de subjetividad e identidad *de clase* que, en muchas ocasiones, permanecen latentes. Se analizarán, siguiendo el enfoque etnográfico, algunas situaciones como el proceso subjetivado de transición de estados individuales de precariedad a una conciencia colectiva y compartida, y el proceso constitutivo de identidades colectivas y subjetividades de clase mediadas por los rasgos particulares de las organizaciones de pertenencia. Tanto las *Asociaciones Vecinales (AA.VV)* como las *Plataformas de Afectados por la Hipoteca (PAH)* serán las organizaciones de referencia para la indagación epistémica, aunque se dotará de más protagonismo a los miembros de sus respectivos colectivos, es decir, hombres y mujeres que con su compromiso, implicación y coraje protagonizaron unas luchas sociales sin precedentes.

LA DIMENSIÓN CULTURAL EN LA RE-AFIRMACIÓN Y CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD DE CLASE

En primer lugar, se plantea una aproximación teórica que discurrirá en relación con la configuración de identidad(es) colectiva(s) [y *de clase*] mediadas, preferentemente, por experiencias y mecanismos culturales, tal y como E.P. Thompson (1989 [1963]) vislumbró sobre la clase obrera británica.

En contra del paradigma tradicional marxista, que enmarcaba la formación de *clase* a partir de las *condiciones objetivas*, y, por ende, exclusivamente dependientes de las relaciones de producción, el historiador británico problematizó algunos principios que parecían inamovibles en la tradición más ortodoxa del marxismo-científico. Repensar la historiografía de la *clase obrera* en su país natal le permitió incorporar dimensiones culturales para explicar la complejidad de los conflictos sociales. También sirvió para introducir instrumentos analíticos válidos para la comprensión e interpretación de los movimientos sociales

contemporáneos. Una aportación sustancial de sus estudios es que *la clase* [situándola en una perspectiva marxista] se configura en el ámbito social y cultural, es decir, se solidifica cuando un conjunto de individuos “participan del mismo cúmulo de intereses, experiencias sociales, tradiciones y sistema de valores” (Thompson, 1989: 14). Las *experiencias comunes* son, en definitiva, el ingrediente necesario para que se cristalice un sentido real de identidad y, además, se signifiquen las propias vivencias personales y colectivas; también se revela un espacio discursivo capaz de inscribir subjetividades diferenciales (Brah, 1996). Manuel Pérez Ledesma (1997), con el objeto de demostrar la correlación entre *experiencias comunes* e *identidad de clase*, alude al proceso de traslación de la emancipación individual a la emancipación colectiva de los obreros españoles de finales del siglo XIX. Según el autor, cuando los trabajadores vieron mermadas sus capacidades para experimentar la conversión de aprendiz en maestro [emancipación individual] tuvieron que generar un nuevo campo de relaciones para reivindicar lo que en adelante sería la meta de la emancipación colectiva (1997: 214).

Otros intelectuales, como William H. Sewell (1994), hacen referencia a las *tradiciones ideológicas* como categoría explicativa de las relaciones de clase instituidas en un determinado contexto. En consonancia con las categorías culturales, Patrick Joyce (1991) introduce en sus análisis *el lenguaje* como instrumento ordenador de las experiencias. No hay duda de que *el lenguaje*, asociado invariablemente a los discursos, es un dispositivo inherente a los procesos de subjetividad e identidad colectiva (Das, 2000). Ya en los siglos precedentes se evidenciaron prácticas semánticas que confirmaron dicha hipótesis; por ejemplo, los trabajadores (auto)definieron sus perfiles sociológicos como *clases productoras*, mientras que a los grupos antagonistas los nombraban con el apelativo de *holgazanes, zánganos, ociosos* o *clases parásitas* (Ledesma, 1997: 212). Cabe recordar, tal y como advierte Félix Guattari (1992), que la producción de subjetividad en las esferas de poder capitalista es un asunto primordial para la difusión de los mecanismos de poder. Con ello se reafirma, con independencia de que las relaciones de producción puedan ubicar a un individuo en una clase social u otra, que las revelaciones culturales serán las que asignen a la *clase social* un cuerpo específico; es en esa corporalidad desde donde se genera, se experimenta y se piensan los mecanismos productores de la identidad colectiva.

Otra de las claves principales para discernir la *experiencia colectiva* es tratar de interpretarla como un *proceso*. Hay investigadores que consideran erróneo delimitar las identidades colectivas como si fuera elementos que se pueden poseer y que son propiedad de los actores (Della Porta y Diani, 2015: 129). Por el

contrario, sugieren que se investiguen como un sistema de relaciones dinámicas, con oscilaciones permanentes y consecuencias que nunca llegan a alcanzar su plenitud. Como diría Suart Hall (1996),

“la identidad sería entonces no un conjunto de cualidades predeterminadas – raza, color, sexo, clase, cultura, nacionalidad, etc.– sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional solo temporalmente fijada en el juego de las diferencias” (Hall en Arfuch, 2005: 24).

Antes de continuar con el hilo de la reflexión que nos precede, se hace necesario precisar las diferencias entre identidades y subjetividades, ambas interconectadas. Según Avtar Brah (1996), los procesos determinan la constitución de subjetividad dotando a la persona de un sentido de relación con el mundo, mientras que el proceso identitario sería el mecanismo mediante el cual el sujeto se experimenta o se significa. De un modo u otro, las identidades dotan de coherencia y estabilidad a determinados escenarios de inestabilidad de la subjetividad (Aquino, 2013).

La constitución de *clases proletarias*, o lo que Gramsci (2000 [1934]) en la primera mitad del siglo XX prefirió llamar *clases subalternas*, fue objeto de múltiples disertaciones intelectuales. En la empresa de deconstrucción y revisión de las teorías marxistas clásicas, se comenzó a re-definir las características de las clases sociales que ocupaban una posición relacional de opresión económica, social y cultural. El enfoque gramsciano distinguió a las clases subalternas por su funcionalidad disgregada y discontinua; de esta forma su imagen siempre ha estado asociada a descripciones difusas y lánguidamente pragmáticas. Ranahit Guha (2002), en su tesón por deconstruir los postulados eurocéntricos – los cuales tenían un encaje limitado en las sociedades coloniales–, añade que en el contexto poscolonial de la India los engranajes de dominación-subordinación podían variar radicalmente en función del sistema de relaciones en el que se ubicara el sujeto;

“esta circunstancia podía producir, y de hecho produjo, muchas ambigüedades y contradicciones en actitudes y alianzas, especialmente entre las capas más bajas de la aristocracia rural, los terratenientes empobrecidos, y los campesinos ricos y medianos” (Guha, 2002: 41).

Paulo Freire (2012 [1970]), por su parte, agregó que lo que a priori podría significar romper con el yugo de la dominación –desarrollando además conciencia de la misma– se traduce, en muchos casos, en un nuevo estado de *subopresión* hacia otros sujetos oprimidos.

Por consiguiente, estas aportaciones ayudan a repensar las creencias mitificadas sobre el carácter *emancipador-revolucionario* circunscrito de forma automática a una disposición *de clase*. En resumen, resultaría más plausible admitir que las subjetividades, las experiencias colectivas y las dimensiones culturales situadas en un determinado proceso de movilización revelarán el horizonte de re-afirmación y constitución de la identidad *de clase*.

LA IDENTIDAD COLECTIVA (Y DE CLASE) EN LOS PROCESOS DE MOVILIZACIÓN SOCIAL

A principios del siglo XX, la cuestión de la *identidad* adquirió una posición preferente en los estudios de la acción colectiva (Javaloy, 1993), aunque lo hizo principalmente desde una perspectiva psicosocial del comportamiento colectivo. Sin embargo, en una fase más reciente, se observa cómo dicha categoría se incluye en la propia definición de *movimiento social* (MS); véase, por ejemplo, la descripción de Mario Diani (1992) cuando sostiene que los movimientos sociales son

“redes de interacción informal entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones, implicadas en conflictos políticos o culturales, sobre la base de una identidad colectiva compartida” (1992: 3).

No solo se contempla en la fase descriptiva, algunos proponen que el “éxito” de determinadas luchas se medirá por la materialización –o no– de una determinada *identidad* (Melucci, 1996). Anteponen, por tanto, las experiencias de asimilación identitaria al logro de las demandas y reivindicaciones específicas. Entre los científicos sociales es cada vez más recurrente contemplar los espacios de movilización como potenciales agentes de socialización que proyectan y re-definen subjetividades. A ello contribuyó, en gran parte, la irrupción de lo que se catalogó como *Nuevos Movimientos Sociales* a partir de la década de 1970: defensa de los derechos civiles, feminismo, ecologismo, etc. (Inglehart, 1977; Melucci, 1989; 1994; 1996; Touraine, 1987; 1990). En consecuencia, se empezó a cuestionar la *identidad colectiva* como categoría construida exclusivamente en torno a las *clases sociales*. Una de las principales aportaciones fue la de valorar las múltiples dimensiones estructurales de la sociedad contemporánea, frente al “arcaico” sistema industrial de la modernidad en el que las relaciones de producción y el *conflicto de clases* se materializaban como hechos unidimensionales. En este sentido, cabe preguntarse si las subjetividades de las luchas populares se están desarrollando realmente al margen de la dialéctica de la *lucha de clases*, como señalan algunos.

Investigadores de gran alcance internacional en esta materia como Sidney Tarrow (2012) o Charles Tilly (2009), entre otros, destacan el rol de las organizaciones de los movimientos sociales en la configuración de *identidades colectivas*. Son, según señalan, las encargadas, entre otras funciones, de *activar fronteras* (Tarrow, 2012: 264-265). La tesis que defienden es que las *identidades* están separadas por *fronteras* (espaciales, de género, de clase, de etnia, de religión, etc.) y los individuos están adscritos a alguna. Aunque, advierten, el simple hecho de pertenecer a ellas no conlleva una relación conflictiva, sino que los movimientos sociales son los agentes que las sitúan en el plano de *lo político*. Mische (1998), en relación a lo que se viene remarcando, reflexiona sobre la tendencia de los actores colectivos a constituir, desde una visión estratégica, parcelas compartidas de entendimiento en las que se instalan sensibilidades cognitivas dispares;

“en ciertas ocasiones existen identidades que no encajan con los objetivos del movimiento, por lo tanto estos intentan crear homogeneidad provisional a lo largo de una dimensión de identidad reducida” (Mische en Tarrow, 2012: 265).

Llegados a este punto, surge un interrogante que replantea lo que describieron los autores citados: ¿bastaría con observar a los movimientos sociales en su conjunto para conocer y valorar la constitución de *identidad colectiva*, o, por el contrario, sería necesario incidir en las experiencias subjetivadas de la militancia? Si se explora la *identidad* a partir de su adhesión al movimiento social, seguramente se esté interpretando tan solo la línea “oficialista”. Esto significa que los marcos cognoscentes de identidad son, tan solo, aquellos rasgos más visibles de las organizaciones; pero, ¿quedan registradas todas las voces, experiencias y subjetividades que participan en la base orgánica del movimiento social? Numerosas investigaciones se circunscriben únicamente a la superficie –a la punta de iceberg– y, por añadidura, están contribuyendo a utilizar la *identidad colectiva* de la misma forma que Enrique Laraña y Joseph Gusfield (1994: 17) advirtieron: como una especie de “cajón de sastre”.

El antropólogo colombiano Arturo Escobar (1999) explica que los objetivos de los activistas no tienen por qué ser los mismos que las metas adscritas al movimiento social de pertenencia. Reconoce que en determinados movimientos populares, conformados principalmente por personas pobres y situadas en los márgenes del sistema social, las prioridades principales eran constituirse como *ciudadanos* (1999: 139-140). Amarela Varela (2013), en su tesis reciente sobre el movimiento de migrantes de la España de principios del siglo XXI, concluye que en el movimiento por la regularización de los derechos de las personas mi-

grantes los activistas desarrollaban luchas objetivables por “los papeles”, al mismo tiempo que combatían el estigma de la exclusión social [ciudadana] que pesaba sobre su condición de “inmigrantes” (2013: 169-177). Por tanto, en ambas investigaciones se ha puesto el foco en los *ecos del subsuelo*, término al que hace alusión Raúl Zibechi (2007).

Para dirimir estas reflexiones es recomendable recurrir a una investigación etnográfica y prolongada en el tiempo. La corteza de los movimientos sociales se vislumbra desde una panorámica alejada del territorio; sin embargo, si se aterriza en *el campo*, posiblemente se pueda atender a los fenómenos subterráneos, originados y proyectados desde las subjetividades militantes. Es en este terreno en el que es factible conocer e interpretar prácticas constitutivas de subjetividad(es) *de clase(s)*. En consecuencia, nos acogemos a la tesis de la antropóloga Sherry Ortner (2006), que apela a una antropología de la subjetividad capaz de profundizar en el complejo entramado de las configuraciones culturales de las subjetividades en el marco de las desigualdades y las relaciones de poder, conectándolo a su vez con los laberínticos dispositivos personales.

DEFENDER EL DERECHO A LA VIVIENDA CÓMO SALVOCONDUCTO PARA LA SUBJETIVIDAD DE CLASE: EL CASO DEL MOVIMIENTO VECINAL Y LAS LUCHAS ANTI-DESAHUCIOS EN EL ESTADO ESPAÑOL

Metodología: el enfoque etnográfico en el estudio de los movimientos sociales

El desarrollo de la investigación se nutre, fundamentalmente, de un enfoque etnográfico, método por excelencia de la disciplina antropológica. Siguiendo los postulados actitudinales, éticos y ontológicos propios de la etnografía, se ha explorado e interpretado, desde una perspectiva comparativa, el complejo escenario social y cultural de dos movimientos sociales, vinculados éstos a etapas temporales distintas: el movimiento vecinal de los años setenta y el movimiento antidesahucios de la segunda década del siglo XXI, ambas sucedidas en el Estado español.

En este sentido, la lectura etnográfica también ha permitido transitar entre los fenómenos globales y la realidad local, tal y como sugieren los antropólogos George E. Marcus y Michael M. J. Fischer (1986):

“La etnografía debe ser capaz de captar el contexto histórico de sus sujetos y registrar la acción constitutiva de los sistemas internacionales políticos y económicos sobre el nivel local, donde el trabajo de campo tiene lugar frecuentemente. Estas acciones no son meros impactos externos en las culturales locales; más bien, los sistemas externos tienen su definición y penetración local y afectan intrínsecamente a la formación de símbolos y significados compartidos en los mundos íntimos de los sujetos etnográficos” (1986: 39).

Además, la metodología etnográfica facilita la revelación –tan necesaria para la presente investigación– de aquellos *ecos del subsuelo* de los que hacía alusión Zibechi (2007). A su vez, se tratará de producir lo que el sociólogo chileno Hugo Zemelman (2005) calificó como *conocimiento del umbral*, es decir, incluir la idea de “construir nuevas categorías, incorporando no solo lo racional-cognitivo, sino lo afectivo, lo volitivo e imaginativo” (2005: 13-14). Por consiguiente, mediante la metodología seleccionada, se pretende rescatar el lugar central del sujeto y su subjetividad en el plano de la investigación social (Torres, 2008), y, asimismo, comprender la realidad social como un “todo estructural”, en el cual, cualquier hecho, por insignificante que parezca, puede resultar enormemente significativo (Kosik, 1967).

La etnografía se ha elaborado a partir de diferentes fuentes y técnicas de investigación. En función del movimiento social objeto de estudio se ha tenido que recurrir a un diseño metodológico u otro. Para analizar los acontecimientos que sucedieron de la mano del movimiento vecinal en la década de 1970, se ha trabajado fundamentalmente con fuentes secundarias mediante una revisión rigurosa e historiográfica. Se han consultado numerosos artículos de prensa, monografías, artículos científicos, libros y testimonios. Es pertinente añadir que el movimiento vecinal de la *etapa tardofranquista* –como lo llaman algunos de sus investigadores– fue un fenómeno sociológico que suscitó gran interés entre los científicos sociales críticos del Estado español durante los años ochenta y noventa (Castells, 1986; Villasante, 1989; Urrutia, 1992), por lo que el registro documental e historiográfico es amplio. Aunque, a priori, no se trata de un movimiento social vinculado expresamente a la lucha por el derecho a la vivienda –incluso se plantea el debate si se debería conceptualizar como *movimiento social*–, lo cierto es que las *Asociaciones de Vecinos* (AAVV) fueron agentes clave en la construcción de discursos y demandas en materia habitacional. En esta línea, la dimensión de las luchas por la dignificación de la vivienda, ya fuese por medio de las narrativas, experiencias o disposiciones simbólicas, se sistematizó en favor de los intereses del estudio.

Por otro lado, la investigación etnográfica realizada sobre el *movimiento antidesahucios* ha tenido una estructura más convencional. Ha respetado la presencia permanente del investigador en el trabajo de campo, recurriendo preferentemente a dos técnicas metodológicas propias de la antropología: la *observación participante* y los *relatos de vida*. El trabajo de campo ha tenido una duración total de dos años y medio, entre 2013 y 2017. A través de un proceso de integración paulatina en una organización local *antidesahucios*, concretamente en la *Plataforma de Afectados por la Hipoteca* (PAH) de la ciudad de Alicante (España), se fue implementando la investigación como un proceso inconcluso; cada gesto, diálogo o emoción vivenciada y/o registrada han ido reforzando la producción de conocimiento crítico y antropológico. Anónimo, activista, investigador, militante, observador, compañero... por todos estos perfiles se ha transitado mediante la *observación participante*, todos ellos necesarios y cuasi imprescindibles si el deseo era trascender la metodología positivista y -¿por qué no decirlo?- cientificista.

Con la *observación participante* se elaboró un denso *diario de campo*, en el que se describió el más mínimo detalle, por insignificante que fuese. Esta herramienta habilita al investigador la posibilidad de subsumirse en un estado sosegado, apacible y reflexivo para pensar de forma crítica, humanista y creativa los hechos que contempla. La investigación se complementó con *entrevistas informales* en los lugares comunes de la organización, la recopilación de información gráfica, noticias de prensa y artículos relevantes. En definitiva, se redactó un *diario de campo* con más de 200 páginas y, lo más importante, recibiendo gradualmente el calor y la hospitalidad de los informantes. Los espacios a los que se acudió eran por un lado los propios de la organización (asambleas, acciones de protesta, acampadas de protesta, manifestaciones, reuniones internas, etc.), aunque también fue posible compartir reuniones no-programadas en bares, bancos del parque, conversaciones por vía telefónica o mediante redes sociales.

Otro método significativo fue el *relato de vida*. En un principio se diseñó como complemento de la *observación participante*, pero muy pronto fue adquiriendo una posición epistemológica trascendental. Ante la necesidad de observar el presente desde el precepto de un “presente histórico” (Rockwell, 2009), se diseñaron entrevistas no-estructuradas para que los informantes relataran, en un clima de absoluta confianza, sus propias narrativas y experiencias personales de vida. En total se recopilaron 12 *relatos de vida*, todos ellos de miembros activos de la organización, la mitad mujeres y la otra mitad hombres. La mayoría se situaban en una franja de edad adulta (entre los

40-60 años) y, además, habían sido “víctimas” de desahucio y nunca antes habían participado en ningún movimiento social, organización, entidad o partido político.

Aproximación al contexto social de ambos movimientos por la vivienda

En este apartado se hará referencia, a modo de introducción, al contexto social y político de ambos movimientos sociales: *el movimiento vecinal* y *el movimiento antidesahucios*. Hay suposiciones que indican que la lucha vecinal de la década de 1970 permitió la gestación de un determinado lenguaje sobre los derechos sociales en la cultura política de la democracia en España:

“Si existe en España algo parecido a un Estado del Bienestar, los vecinos-trabajadores organizados tienen su parte en ello, no sólo en su demanda, sino en la articulación de la cultura en la que se apoyan todas las políticas sociales desde finales de los años setenta” (Caprarella y Hernández, 2008: 50).

Se ha de destacar, en primer lugar, la necesidad de analizarlos desde prismas históricos diferenciados, teniendo muy presentes además las particularidades y paradigmas de cada época. Entre uno y otro han transcurrido alrededor de 40 años, es decir, casi medio siglo, y, por tanto, cualquier descripción comparativa deberá hacerse con la cautela y precisión oportuna.

El movimiento vecinal de la etapa tardofranquista

Las luchas colectivas de carácter vecinal en el país tuvieron especial efervescencia en una etapa socio-política de oposición explícita a la dictadura franquista de finales de la década de 1960. En términos socio-históricos se conoce a este periodo como *tardofranquista*; es cuando los conflictos sociales y políticos empiezan a evidenciarse entre las clases populares (Wilhelmi, 2014: 95). En consecuencia, se constituyen nuevos agentes sociales capaces de reivindicar y demandar mejoras a su estatus de subordinación; véase, por ejemplo, la creación de las primeras *Asociaciones de Amas de Casa* (AAC) que, a diferencia de las *Asociaciones de Vecinos* (AAVV), se fundaron dentro del marco de la legalidad. Pese a ello, sus impulsoras fueron mujeres que provenían en su mayoría del *Movimiento Democrático de Mujeres* (MDM), es decir, de una organización dependiente del *Partido Comunista de España* (PCE). A través de las AAC se pretendía expandir la organización entre aquellas mujeres que no estaban dispuestas a militar en una asociación clandestina. En esa misma época se organizaron las *comisiones de barrio*, aunque con un elemento diferenciador: se de-

sarrollaron en la clandestinidad. Eran espacios altamente politizados, formados principalmente por militantes de organizaciones antifranquistas y activistas independientes de diferentes tendencias políticas.

En lo que respecta al tema que ocupa a la presente investigación, los problemas asociados con las condiciones de habitabilidad fueron de la mano del proceso de industrialización, afectando de forma especial a la grandes zonas urbanas (Castells, 1986). Se desencadenaron flujos migratorios masivos protagonizados por los nuevos trabajadores industriales, que partían de zonas rurales hacía las grandes metrópolis del país. A la carestía de una vivienda adecuada (Sequera, 2011) se ha de sumar un entorno urbano hundido en la precariedad, en el que los recursos de abastecimiento básicos eran todo un desafío, al igual que el acceso a los servicios públicos.

El barrio, sus residentes, las asociaciones vecinales (AA.VV), las organizaciones políticas de tinte obrerista y los grupos de profesionales técnicos al servicio de los intereses comunes, todos ellos formaron un “tándem” que algunos sociólogos como Manuel Castells (1986) han descrito como *movimiento ciudadano*. La mayoría de autores (Villasante, 1989; Castells, 1986; Sequera, 2011; Urrutia, 1992) coinciden en que muchos militantes políticos procedentes de fuerzas de izquierda se integraron en el movimiento vecinal poniéndose al frente de sus luchas y, a su vez, fueron reclutando a líderes que surgían de las AA.VV. Además, el movimiento social se apoyó en algunos técnicos especialistas, gracias a la estrecha alianza que establecieron con algunos profesionales urbanistas, principalmente arquitectos y abogados (Castells, 2008: 28). Sus actos respondían al interés público (Sequera, 2011), y su alto grado de concienciación social les llevaba a ofrecer sus servicios frente a las problemáticas que asolaban a sus vecinos y vecinas.

El movimiento antidesahucios de la etapa pre y post-15M

Hablar en la actualidad de las luchas contra los desahucios es hablar de un movimiento social de referencia en España. Además, se trata de un fenómeno íntimamente ligado a una organización social particular: la *Plataforma de Afectados por la Hipoteca* (PAH). Antes de que irrumpiera en 2011 el famoso *movimiento de los indignados* (también conocido como *movimiento 15M*), ya se había creado en Barcelona (Cataluña, España) lo que fue la primera PAH (en 2009). Durante esos años, las clases populares comenzaban a padecer el fatal desenlace que se acuñó como *crisis financiera global* y, entre otros efectos, aceleró el drama de los desahucios. En este contexto, un grupo de jóvenes

preocupados por los desmanes e injusticias sociales –pertenecientes, a su vez, a un colectivo social denominado *V de Vivienda*–, decidieron re-constituir una organización que sirviera para amparar, proteger y denunciar los casos de desahucios hipotecarios que estaban ocurriendo de forma masiva durante el periodo¹. Cabe resaltar que la nueva organización se nutre desde sus inicios del *espíritu activista* definido por Paul Lichterman (2006).

No obstante, no fue hasta el ciclo de movilizaciones del *15M* cuando el *movimiento antidesahucios* comenzó a adquirir un protagonismo sustancial. En las mismas asambleas “*quincemayistas*” se incluyó, entre otros temas, la problemática habitacional de los desahucios. Los propios activistas de la PAH afirman que “en cada una de las asambleas locales del 15M se incidió en la idea de promover *comisiones* que atendieran en exclusiva la problemática de la vivienda” (Macías, 2013; *activista pionero de la PAH*). Para la mayoría social se trataba de un fenómeno desconocido hasta el momento, aunque el trabajo previo de la PAH en Cataluña y la difusión casi instantánea de lo que se discutía en las asambleas de Madrid o Barcelona facilitó que se organizaran *comisiones* relacionadas con los desahucios. El hecho de que una gran parte los integrantes de la PAH fuesen sujetos pro-activos del *15M* permitió que las luchas por el derecho a la vivienda fueran ganando fuerza. En definitiva, “sirvió como el catalizador que permitió la generalización de la práctica de *Stop Desahucios* por todo el Estado” (Macías, 2013, *activista pionero de la PAH*). Llegó a adquirir tanta repercusión social que algunos de nuestros informantes llegaron a reconocer que “*con la PAH nosotros encontramos un ámbito en el que mantener el activismo y por eso la PAH fue tan fuerte aquí [en Alicante, España]*” (Copeite, ex-activista de la *PAH* y del *15M*, Alicante: 17/04/2016).

1 Era un fenómeno que se reproducía por todo el Estado español, según el Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) desde el año 2008 a 2009 casi se duplicó el número de ejecuciones hipotecarias en toda España, pasando de 58.686 a 93.319, en tan sólo un año. Barcelona era la provincia que ostentaba la primera posición en el ranking de territorios con mayor número de ejecuciones hipotecarias (10.738 en 2009), seguidas de Madrid (10.655), Alicante (7.617) y Valencia (6.553), respectivamente (Colau y Alemany, 2013: 227-232).

DE LA PRECARIEDAD INDIVIDUAL A LA CONCIENCIA Y SUBJETIVIDAD COLECTIVA (Y DE CLASE)

Familias obreras precarizadas

Antes de plantear un análisis más profundo sobre la correlación y constitución de las identidades colectivas, es preciso describir –o, al menos, tratar de explicar– quiénes eran las personas que abanderaron los citados movimientos sociales. En concreto, hablaremos del perfil de los sujetos que conformaron la base social de sus respectivas organizaciones.

En las décadas de 1960 y 1970 se consolidó en el país un proceso de industrialización masivo que tuvo efectos explícitos en la nueva composición de las ciudades, especialmente de aquellas con mayor nivel de densidad poblacional. Muchas familias trabajadoras y campesinas que residían en pequeños núcleos rurales del país tomaron la arriesgada decisión de trasladarse a zona urbanas industrializadas. En concreto, muchas de ellas se asentaron en barrios periféricos bajo condiciones sociales, de habitabilidad y salubridad insostenibles: falta de alcantarillado, escasez de recursos básicos, viviendas en mal estado, zonas públicas sin asfaltar, etc. De este modo, se constituyeron, en un corto periodo de tiempo, como *sujetos precarizados*. Si bien el término *precarizado* se percibe en determinados ambientes de militancia sindical o de izquierda como “una bomba de humo que debilita la memoria histórica de clase” (Taberner, 2014: 28), existe, a su vez, una constatación de hechos sociales que inscriben a un agregado de personas en la citada categoría. Ésta, más allá de consolidarse como una clase social al uso, no se unifica como un estrato social homogéneo (Taberner, 2014: 30), sino más bien como un grupo de personas sometidas a condiciones sociales, laborales y habitacionales desfavorables. En el caso que nos ocupa, aunque el trabajo en la fábrica les permitía acceder a una remuneración económica, no era suficiente para habitar en un entorno urbano digno; las ciudades no se habían preparado para responder a este tipo de fenómenos –o, si lo habían hecho, había sido a conciencia para seguir reproduciendo un sistema residencial de estratificación social (Castells, 1986)–.

En consecuencia, se fueron gestando diferentes Asociaciones de Vecinos (AAVV), algunas de ellas –no todas– con un marcado carácter reivindicativo. Se instituían como mecanismo para la exigencia colectiva de asuntos tan básicos como la reparación de viviendas antiguas en mal estado o la remodelación de los extensos barrios de chabolas para mejorar la calidad de vida de sus vecinos (Castells, 1986: 24-25; Wilhelmi, 2014: 96-97).

Debido a factores causales bien distintos en apariencia, la base social de los colectivos *antidesahucios* de la segunda década del siglo XXI fue conformada, en primera instancia, por mujeres y hombres en su mayoría de clase trabajadora que sufrían permanentes amenazas de desalojo habitacional. En pleno desarrollo del paradigma neoliberal y tras los graves efectos que dejó la crisis económica de 2008, millares de familias en España no pudieron hacer frente a las deudas hipotecarias y, en consecuencia, fueron obligados a abandonar sus hogares. Ante esta disyuntiva, los afectados recurrían a cualquier tipo de ayuda –o consuelo– que les proporcionara un escenario esperanzador. Este fue un proceso individual en la mayoría de los casos, realizado desde el aislamiento social y una soledad punzante; cuestión por otra parte normativizada debido a que “es un mundo en el que la ética neoliberal del intenso individualismo posesivo puede convertirse en pauta para la socialización de la personalidad humana” (Harvey, 2013: 35). Así lo recuerdan dos de las protagonistas:

“Los amigos cuando tienes problemas así, ya no son amigos, desaparecen, te das cuenta de que estás sola. Suerte tiene la gente que se encuentra que tiene apoyos. Sí, luego te llaman por teléfono a ver cómo estás, a ver cómo te va la cosa, pero ya no te dicen de verte, ya se olvidan de tus cumpleaños... por ese lado también te das cuenta de quién es realmente tu amigo” (Reme, activista de la PAH de 52 años, Alicante: 03/06/2016).

“No tuve el apoyo de la familia, no siempre la familia está a tu lado. Para los buenos momentos tienes gente a tu lado, pero para los malos no...” (Desiré, activista de la PAH de 49 años, Alicante: 12/06/2015).

La PAH fue para muchos el último eslabón, aquella asociación a la que acudes sin ninguna expectativa y a razón de que se han agotado las alternativas. Hay quien señala que la precariedad social y laboral les llevó, casi sin darse cuenta, hasta un movimiento social que era, hasta ese momento, totalmente desconocido:

“No sabía lo que era. Yo fui simplemente porque me veía en la calle y a mí me dijeron que allí podía darme una vivienda, una habitación o un sitio donde poder estar...yo fui con esas expectativas. No fui a arreglar mi caso, ni sabía que se podía arreglar el caso de nadie, ni lo conocía, ni nada...” (Paco, activista de la PAH de 43 años, Alicante: 04/07/2016).

Se observa por tanto que, en ambos casos, las organizaciones fueron significadas como un medio difuso al que aferrarse en la diáspora de una precariedad asociada al “fracaso personal”. Las familias obreras de la década de 1970 se preguntaban si la decisión migratoria que habían tomado era la más adecuada y si habían sido, en consecuencia, los responsables del descenso

social en el que se encontraban; por su parte, las familias amenazadas de desahucio sufrían su situación personal y laboral desde una burbuja de autoinculpación permanente, asumiendo el mantra neoliberal que enviaba el siguiente mensaje: “habéis vivido por encima de vuestras posibilidades”; además, en términos culturales, “la hipoteca se había convertido en un símbolo de estatus, un sinónimo de éxito profesional que certificaba el paso a la mayoría de edad” (Colau y Alemany, 2013: 45). El hogar era una síntesis entre la esfera pública y la privada, aunque todos los logros o fracasos se asociaban indudablemente a la persona en cuestión. En definitiva, lo que ocurriese de puertas para dentro tenía que interpretarse en términos individualistas, a tal punto que los suicidios, por desgracia, no fueron casos aislados:

“Claro yo me siento muy culpable...bueno me sentía, ahora lo doy por bien, porque estoy en la Plataforma. A mí esto me ha salvado... yo estuve a punto de suicidarme... yo he pasado una temporada muy mala. Ahora me ves siempre con una sonrisa, pero cuando llegué a la Plataforma lo hice llorando, pero es que lloraba por dentro y por fuera. Era una depresión lo que tenía, y yo me quería quitar del medio” (Reme, activista de la PAH de 52 años, Alicante: 03/06/2016).

La transición a la conciencia colectiva a partir de discursos convergentes

Advertía el sociólogo Herbert Marcuse (2009 [1964]) que las clases sociales no han desaparecido, sino que han dejado de estar en conflicto. La tendencia a la homogenización de la clase media u otras prácticas similares corroboran esta tesis. En cambio, también suceden acontecimientos que sirven para agitar una conflictividad latente. A todo conflicto de clase le acompaña el componente de subjetividad; por ello, antes de matizar los entresijos y ensamblajes de la construcción de identidades comunes, se ha de atender al proceso –social y personal– por el cual una persona decide apartar las lógicas individualistas para ir incorporando lógicas colectivas. En definitiva, pasar a un estado *sentí-pensante* (Cándida y De La Torre, 2002) de *lo común*.

Lejos de cualquier premisa edulcorada de los procesos de empoderamiento, se ha de señalar que la asunción de conciencia colectiva entre las clases populares no fue inmanente. Para que se hiciese efectiva fue necesaria una transición cognitiva que, en función de cada movimiento social, se articuló de forma distinta.

Por ejemplo, la vivienda, categoría consustancial en ambas luchas, se figuró desde dos perspectivas claramente diferenciadas. Las familias obreras del movimiento vecinal partían de un enfoque territorializado, es decir, cuando se originaba una campaña de movilización no bastaba con demandar cualquier tipo de vivienda y en el lugar que fuera. El espacio y el hábitat eran principios prioritarios que definían el contenido de sus reivindicaciones; pensar en la ubicación de los hogares no era cuestión baladí, y esto se constató porque el significado de la vivienda no estaba limitado al habitáculo en sí, sino que el acceso a recursos, abastecimientos y servicios urbanos eran complementos adheridos a las mismas demandas habitacionales. De este modo, se apelaba conjuntamente a la idea de *barrio* como espacio material y simbólico con capacidad para resignificar las identidades comunes y colectivas. Los barrios no sólo sirvieron para delimitar espacialmente las organizaciones vecinales, también se instituyeron como lugares donde se particularizaban los problemas y, por ende, se demandaban las posibles soluciones.

“El barrio, como expresión de la desigual estructura urbana, ha constituido el territorio ideal de actuación de las asociaciones vecinales. En ese contexto específico se ha dado la mayor parte de sus actividades y ha sido su mejor soporte social” (Urrutia, 1992, 52).

Por el contrario, las luchas antidesahucios se articularon discursivamente desde enfoques a priori des-territorializados. Las organizaciones tenían, por norma general, una estructura regional (ciudad) y, además el diagnóstico y los *marcos de injusticia* (Snow et al. 2006) los definían en base a problemas genéricos. Las causas y consecuencias de una familia desahuciada en una punta u otra del país no variaban sustancialmente y, en consecuencia, todo el arsenal discursivo sobre la *vivienda* se diseñó al margen de las especificidades territoriales.

Estas estructuras narrativas tuvieron una repercusión explícita en la tipología de discursos antagónicos. Por un lado, la territorialidad del movimiento vecinal fue condición *sine qua non* para proyectar argumentaciones avaladas por el conjunto de la ciudadanía. Por ejemplo, asumieron que sus experiencias migratorias habían permitido que se creara “ciudad” donde antes no existía nada y, en consecuencia, era la propia “ciudad” la que había adquirido una deuda con ellos. Una de las investigadoras consultadas, Jiménez-Romera (2013), explica que las familias obreras creyeron colectivamente que la “ciudad” había asumido una *deuda social*, que –la ciudad– tenía la obligación de cubrir. Partiendo de este precepto, los vecinos y vecinas eran plenamente conscientes de que, desde su condición de ciudadanía, los asuntos habitacionales debían de tratarse como una cuestión pública y colectiva.

Por su parte, los afectados por hipotecas no tenían un espacio físico al que aferrarse para sugerir una *deuda social* siguiendo el estilo del movimiento vecinal. Ellos no eran los artífices directos, en términos materiales, de sus barrios o ciudades, pero sí que habían contribuido con su esfuerzo y tenacidad al pago de las obligaciones tributarias. Mediante la significación de *ciudadanía*, en el marco de un estado de derecho democrático, asumen su condición de sujetos colectivos expuestos a derechos. No es casualidad que uno de los primeros aprendizajes de las personas que participan en la PAH sea el *artículo 47* de la *Constitución española* que dice:

“Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo con el interés general para impedir la especulación.” (Art. 47 de la Constitución Española).

Aunque se pruebe que utilizaron encuadres discursivos distintos, ambos movimientos sociales no sólo buscaron dignificar el acceso a una vivienda digna, sino que lo hicieron identificando las fuerzas antagónicas. Desde la condición de ciudadanía o de vecinos del barrio, acordaron que los gobernantes eran los principales responsables de la situación de vulnerabilidad y precariedad que sufrían en su día a día. Eso significaba que demandas, reivindicaciones y protestas iban en una misma dirección: el Estado y sus representantes nacionales o regionales. La vivienda pasa a considerarse un asunto político, por lo tanto se produce un proceso automático de redefinición subjetivada de la *política*.

“Me rio ahora porque de cría decía: “de política no quiero saber nada”. Pero es que todo está relacionado con la política, todo lo que se mueve es política, no necesariamente un partido o lo que se entiende por política...” (Elisa, activista de la PAH de 43 años, Alicante: 20/06/2016).

“Yo vivía en mi Champions League, en mi trabajo, casa, familia y ya está. Me indignaba cuando veía alguna noticia, pero hasta ahí” (Juan, activista de la PAH de 44 años, Alicante: 01/06/2016).

Además, debido al avanzado estado de globalización neoliberal, en el caso de los desahucios también se dirigieron críticamente a los mercados financieros; más en concreto, a las entidades financieras, ya que las descubrieron como una de las principales responsables de la grave crisis social, económica y política que sufrieron millares de familias trabajadoras.

La transición a la conciencia colectiva a partir de experiencias comunes

La conciencia social y colectiva se iba gestando progresivamente, a base de narrativas contra-hegemónicas pero, sobre todo, mediante la confluencia de experiencias colectivas comunes. Se trata de un proceso en el que los participantes pasan del “¿qué hay de lo mío?”, al “¿qué hay de lo nuestro?”. Para describir estas experiencias se ha recurrido a los testimonios etnográficos, que han dotado a la investigación de elevado potencial cualitativo.

Desde las ciencias sociales es común analizar los movimientos sociales a partir de su propia capacidad de agencia, casi como un ente que funciona sin la pulsión de ningún ser humano. Se olvida, por tanto, que detrás de cada organización hay grupos de personas generando lazos afectivos, y que sin ellos no se entendería prácticamente nada de lo que allí está sucediendo. El proceso de concienciación colectiva va acompañado de lo que se ha expuesto en los párrafos anteriores, pero también de experiencias subjetivadas, como el reconocimiento de pertenencia al grupo. Se ha de recalcar lo de “grupo”, porque la conexión interpersonal puede llegar a ser más potente que la adhesión a los objetivos y a la causa del movimiento social. Por su parte, las AA.VV se constituyeron como espacios estratégicos para la construcción de una nueva vida comunitaria, frente a los valores individualistas que persistían con el modelo hegemónico capitalista. Se erigían como un lugar “donde se podía tomar una ducha caliente, beber cerveza a precio reducido, jugar a las cartas, asistir a reuniones, conversar con los vecinos y hacer amistades” (Castells, 1986: 336-337). Estos hechos servían, en paralelo, tal y como sugiere David Harvey (2013: 203), para reforzar las luchas laborales y vincularlas al entorno comunitario de los barrios.

En el caso del grupo de la PAH investigado, era frecuente que las reuniones semanales en un bar –horas antes de la asamblea– se erigieran como el primer espacio de congregación “informal” de los activistas. En estos lugares se registraron múltiples conversaciones, bromas, discusiones, risas o llantos, indistintamente.

“Hemos creado vínculos de amigos bastante grandes y también vínculos de des-amigos bastante grandes... Esto es como todo en la vida, habrá gente con la que te llevarás muy bien y otros con los que te llevarás mal... en un trabajo habrá compañeros con los que te llesves bien y otros con los que te llesves mal” (Paco, activista de la PAH de 43 años, Alicante: 04/07/2016).

Por otra parte, acciones sencillas como la asunción directa de tareas y responsabilidades también son un dispositivo promotor de *conciencia colectiva*. A menudo, los movimientos sociales planean técnicas instrumentales para generar nexos de comunión con los nuevos participantes, y entre esas acciones sobresale la delegación de determinadas labores. Se busca, de un modo u otro, “hacerte sentir parte del colectivo”, es decir, dotarle al cuerpo de funcionalidad y, al mismo tiempo, permitirle ocupar espacios de interacción social y simbólica. Uno de los activistas entrevistados cuenta cómo fue su proceso de integración en el colectivo, y lo hace recordando esa etapa como un hito personal que ha quedado grabado “a fuego” en su memoria:

“Empecé haciendo carteles, los carteles que se hacían antes donde poníamos: ‘si tienes problemas con la hipoteca, acude a la Plaza de la Montanyeta’ [lugar donde se realizan las Asambleas]. De eso te estoy hablando de hace tres años y pico o cuatro. Entonces yo simplemente iba a la CGT [lugar donde se reunían los activistas], que era donde nos dejaban hacer todo este tema, y empecé entonces haciendo carteles, luego también iba a colgarlos. Al estar ahí empecé poco a poco a conocer a gente, y me intentaron convencer para que me metiera. A mí nunca me ha gustado que me obliguen, yo si realmente voy es que lo hago porque lo siento. Entonces durante varios meses estuve haciendo eso. (...) Mi incorporación en la PAH fue muy paulatina. (...) A lo mejor ahora sí que se me ve mucho, por ejemplo ahora si hay una concentración chillo mucho, pero hasta que llegué a ese punto he pasado por muchas fases” (Fernando, activista de la PAH de 52 años, Alicante: 14/06/2016).

Otro de los elementos circunscritos a la mayoría de movimientos sociales son las acciones de protesta. Es por ello que prestándole atención a los *repertorios de acción colectiva* se tendrá la oportunidad de descifrar todo un sistema de relaciones ritualizadas en forma de eslóganes, banderas, pancartas, conductas de los cuerpos militantes, etc. (Della Porta y Diani, 2015: 148). Mediante un proceso de aprendizaje y adaptación, los activistas generan un marco cognoscitivo, emocional y simbólico vinculado a lo que algunos llaman la *cultura militante*. Pero, ¿de qué tradiciones culturales se nutren las organizaciones que se están analizando? Se añade esta cuestión ya que el siguiente acometido es reflexionar sobre los procesos de subjetividad influenciados, en parte, por otros actores colectivos (fuerzas políticas obreristas).

El movimiento vecinal de la década de 1970 estuvo, desde sus inicios, íntimamente ligado a organizaciones políticas de izquierda, especialmente a aquellas que actuaban en la clandestinidad en un marco de represión franquista. Este escenario, según señalan las investigaciones, fijó las bases para aproximarse a

las clases obreras residentes en barrios populares. Semejante circunstancia explicó que muchas de las concejalías de los nuevos ayuntamientos, constituidos tras las primeras elecciones municipales de la democracia (1979), pasaran a ser comandadas por antiguos líderes del movimiento vecinal (Castells, 1986: 31). Por el contrario, medio siglo después, el movimiento *antidesahucios* decidió reglamentarse desde sus inicios como un movimiento *apartidista*. Entre los valores primarios de los activistas primaba la idea de que “no tenían nada que ver con ningún partido o fuerza política”, y, además, era un asunto al que se aludía con elevada frecuencia, si bien el estudio etnográfico ha permitido problematizar dicha asunción taxativa. En primer lugar, porque se trataba de una organización conectada expresamente con una fuerza anarco-sindicalista (*Confederación General de Trabajadores*, CGT). El sindicato les cedía su local para la mayoría de sus asambleas y, además, el secretario general de dicha formación obrera-regional era, a su vez, uno de los líderes de la PAH. Éste describía a los activistas antidesahucios en los siguientes términos:

“La gente que hay aquí en la PAH son todos trabajadores, gente que no tiene estudios, gente que ha trabajado duro en su vida, que tratan de tirar para adelante... Por eso en las acciones siempre salen las consignas de: “viva la lucha de la clase obrera”, y cosas de estas porque es la clase obrera la que está sufriendo todo esto, la que más lo está sufriendo” (Balta, secretario general de la CGT Alicante, Alicante: 14/07/2016).

Los ritos asamblearios semanales tenían lugar en un espacio repleto de simbología obrerista: cartelera con mención explícita a la lucha de clases desplegada por todas las salas, pancartas preparadas para el “1 de mayo” (día internacional de los trabajadores) o imágenes con colores identificativos del anarco-sindicalismo y sus respectivas figuras con “el puño en alto”. Además, muchos activistas de la PAH confesaron haber recurrido a dicho sindicato para gestionar los problemas laborales que estaban teniendo en paralelo a la lucha por el derecho a la vivienda.

No es menos cierto que la influencia que se originaba tenía un componente bidireccional, el propio *movimiento antidesahucios* había adoptado su propio marco idiosincrásico militante, es decir, proyectaba discursos, acciones y sim-

bología distintiva. El carácter performativo en sus repertorios de acción fue un hecho asimilado por una gran parte de los miembros del sindicato obrero².

A partir de escenario descrito se originan los primeros ritos de paso por medio de los cuales empiezan a experimentar lo que comporta “ser parte activa del movimiento”. Hay quien apunta a que sin las acciones figurativas en el espacio público, los movimientos sociales nunca llegarían a tener la misma potencialidad; a ello habría que añadir que sin dichas acciones, posiblemente, no se podrían constituir las *experiencias comunes* que proveen de armazón a las subjetividades militantes. La dimensión emocional reaparece en este campo con relativa fuerza, el sujeto *senti-pensante* establece nuevos vínculos que determinarán, a partir de ese instante, lo que significará ser parte de un proyecto colectivo. Se ha recopilado el siguiente testimonio de un hombre de la PAH para el que la “primera acción” quedó inserta en su memoria para la posteridad:

“Cuando paso a convertirme en “la bestia parda”, o eso es lo que dice mucha gente, fue el 13 de septiembre de 2013: se preparó una acción contra el Sabadell-CAM [Entidad bancaria], entonces me vino un compañero y me dijo: “vamos a hacer una acción contra Sabadell-CAM y hace falta que se encadene gente en el banco, ¿tu estarías dispuesto?”, y le dije: “mira, mi caso ya está perdido y yo no sé qué quieras que haga...”, y me dijo: “si no lo haces por ti, hazlo por tus compañeras Reme, etc...”, y al final dije: “bueno pues sí”, pero no sabía muy bien que resultado eso iba a dar. (...) fue tanta la repercusión... fuimos portada del periódico, salimos también en televisión, salí yo en televisión (...) eso me dio una fuerza a mí terrible” (Paco, activista de la PAH de 43 años, Alicante: 04/07/2016).

A la *acción directa* se ha de añadir lo que Patrick Joyce (1991) definió como el instrumento ordenador de las experiencias en los movimientos sociales: *el lenguaje*. Sin él, los procesos identitarios no se cristalizarían del mismo modo. Sirve, en definitiva, para explorar los mecanismos de confluencia de subjetividades e imaginarios colectivos. El hecho de que se refriesen sistemáticamente a términos como “lucha”, “ayuda mutua”, “solidaridad”, “compañerismo” u “orgullo”, facilitó en gran medida el influjo de una cultura militante que pivotaría sobre la base de un conflicto latente de lucha de clases.

2 Es preciso advertir que la citada conexión con el anarco-sindicalismo no se puede extrapolar al conjunto de las luchas antidesahucios del Estado español debido a que la mayoría de organizaciones tenían un fuerte carácter autónomo, lo cual reforzaba una especie de *particularismo militante* (Harvey, 2013).

A continuación se revelan algunas de las frases más significativas que se registraron de las asambleas:

“¡Aquí salimos a luchar, entre todos nos ayudamos!”

“¡Tenemos que tener claro que nadie consigue nada sólo, esto es una Plataforma de solidaridad!”

“¡Hay que mirar el caso del compañero y no sólo el de uno mismo!”

“¡Que no es de vergüenza hablar, que no os dé vergüenza que no podéis pagar!”

“¡No pertenecemos a ningún partido político, nosotros somos humanistas, defendemos al ser humano!”

“¡Yo estoy orgullosa de lo que estoy haciendo, soy protagonista de mi misma!”

(Discurso inicial de la asamblea protagonizada por dos líderes de la PAH, Alicante: 01/03/2015).

CONCLUSIONES

Parece lógico pensar que si vivimos en un sistema de clases –con sus respectivos conflictos y procesos de alienación–, cualquier experiencia de acción colectiva que se precie va a estar determinada por dicho modelo. El determinismo materialista, al que muchos teóricos recurren, prescinde de algunas investigaciones que se preocupan, desde el campo histórico-cultural, en desentrañar las especificidades y complejidades de los movimientos sociales. Por otro lado, las tendencias posmodernistas en las ciencias sociales se empeñan en reflexionar y relativizar hasta la saciedad cualquier fenómeno que sea sospechoso de teorización clásica-marxista. Con el ánimo de polemizar y discutir ambas posturas, se ha tratado de evidenciar, mediante los resultados del presente trabajo, un hecho consustancial que vendría a expresar que el sujeto *de clase*, los movimientos sociales *no-obreristas* y las identidades colectivas militantes no se ensamblan en base a condiciones objetivas, sino que han de confluir mecanismos culturales, vivenciales y simbólicos para que se constituya un cuerpo común. Quizá todavía es demasiado pronto para enterrar al sujeto *de clase*.

A partir de la investigación de los movimientos vecinal y antidesahucios –ambos conformados y liderados mayoritariamente por clases populares– se han observado distintos supuestos que fortifican los procesos de identidad *de clase* en un marco de luchas por la vivienda. Obviamente, ambos movimientos fueron testigos de las tradiciones ideológicas de su tiempo, aunque se podrían distinguir, a modo de síntesis concluyente, dos dimensiones sincrónicas: una

orgánica, conectada con las relaciones entre los sujetos y la estructura organizativa, y otra vinculada con la categoría de *subjetividad*.

Sobre la primera, se descubre que la creación de puentes entre el propio movimiento y otros grupos obreristas conllevó la asunción y reproducción de prácticas subjetivadas asociadas a los imaginarios militantes tradicionales. Sin embargo, ocurre otro hecho significativo: las relaciones que se originaron fueron de reciprocidad. Mientras que las clases populares asumían la *conciencia de clase* como un dispositivo mediador de las reivindicaciones por la vivienda, las organizaciones obreras también redefinieron su cultura militante, especialmente a la hora de amplificar su campo de actuación (más allá de los medios de producción) y, sobre todo, mediante repertorios de acción colectiva renovados.

En lo que respecta a la dimensión de la subjetividad *de clase*, los movimientos sociales fueron capaces de generar transformaciones profundas de la conciencia colectiva. Del mismo modo que los obreros del siglo XIX vieron mermada su capacidad de experimentar la conversión laboral de *aprendiz* en *maestro* (Ledesma, 1997: 214), los activistas por la vivienda tuvieron que adoptar nuevas metas que redefinieran el mantra neoliberal del ascenso social –o emancipación individual–. Las nuevas subjetividades de los militantes trascendían de esta forma los objetivos particulares de su organización, por lo que sus discursos, acciones y experiencias compartidas los incitaban a significarse colectivamente como potenciales sujetos emancipadores. En sus testimonios lo expresan en forma de cambios radicales en sus biografías personales, pero el hecho de agregar narrativas encuadradas en el *conflicto de clases* revela las fortalezas de un asunto que, lejos de desaparecer de la acción colectiva, sigue estando latente en muchos espacios de movilización.

Transformar las subjetividades *individualistas* en el actual contexto de hegemonía neoliberal ya es, *per se*, un proceso revolucionario, y si a esto, además, se le añaden mecanismos culturales *de clase* mediados por movimientos sociales emancipadores, el resultado puede ser enormemente esperanzador para las generaciones futuras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aquino Moreschi, A. (2013). La subjetividad a debate, *Sociológica (México)*, 28 (80), 259-278
- Arfuch, L. (2005). *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires: Prometeo.

- Brah, A. (1996). *Cartographies of Diaspora. Contesting Identities*, Routledge: Londres
- Cándida, M. y De La Torre, S. (2002). Sentipensar bajo la mirada autopoietica o cómo reencantar creativamente la educación, *Creatividad y Sociedad* (2), 41-56.
- Caprarella, M. y Hernández, F. (2008), "La lucha por la ciudad: vecinos-trabajadores en las periferias de Madrid. 1968-1982", en V. Pérez y P. Sánchez (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008* (33-53), Madrid: Catarata.
- Castells, M. (1986), *La ciudad y las masas. Sociologías de los movimientos sociales urbanos*, Madrid: Alianza.
- Colau, A. y Alemany, A. (2013), *Vidas hipotecadas. De la burbuja inmobiliaria al derecho a la vivienda*, Barcelona: Lectio Ediciones.
- Das, V. (2000). "The Act of Witnessing: Violence, Poisonous Knowledge and Subjectivity", en V. Das, A. Kleinman, M. Ramphele y P. Reynolds (eds.), *Violence and Subjectivity* (205-226), Berkeley: University of California Press.
- Della Porta, D. y Diani, M. (2015), *Los movimientos sociales*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Universidad Complutense de Madrid.
- Diani, M. (1992), The concept of social movement, *The Sociological Review* (40), 1-25.
- Escobar, A. (1999), *El final del salvaje*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Centro de Estudios de la Realidad Colombiana.
- Freire, P. (2012 [1970]), *Pedagogía del oprimido*, Madrid: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (2000 [1934]). *Cuadernos de la Cárcel*, México: Ediciones Era. Tomo 6
- Guattari, F. (1992). *Chaosmose*, Galilée: Paris.
- Guha, R. (2002 [1982]), *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona: Crítica.
- Hall, Stuart (1996), "Introducción: ¿quién necesita identidad?", en S. Hall y P. Gay (comp.), *Cuestiones de identidad cultural* (13-39), Madrid: Amorrortu.
- Harvey, D. (2013), *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid: Akal.
- Inglehart, R. (1977), *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton: Princeton University Press.
- Javaloy, F. (1992), El paradigma de la identidad social en el estudio del comportamiento colectivo y de los movimientos sociales, *Psicothema* (5), 277-286.
- Jiménez-Romera, C. (2013), Espacios de informalidad y movimientos sociales en Madrid, 1968-2011, *Bitácora*, 23 (2), 3-41.

- Joyce, P. (1991), "The people's English: language and class in nineteenth-century England", en P. Burke and R. Porter (ed.), *Language, Self, and Society: A Social History of Language (154-191)*, Cambridge: Polity Press.
- Kosik, K. (1967), *Dialéctica de lo concreto*, México: Editorial Grijalbo.
- Laraña, E. y Gusfield, J. (1994), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ledesma, M. (1997), "La formación de la clase obrera: una formación cultural", en R. Cruz y M. P. Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea (201-233)*, Madrid: Alianza.
- Lichterman, P. (2006), *The Search for Political Community: American Activists Reinventing Commitment*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Macías, C. (2013), Del empoderamiento a la autotutela de derechos. El caso de la PAH, *El Viejo Topo* 306 (7), 44-48.
- Marcus, G. y Fischer, M. (1986), *Anthropology as Culture Critique: An Experimental Moment in the Human Science*, Chicago: University of Chicago Press.
- Marcuse, H. (2009[1964]), *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona: Ariel.
- Melucci, A. (1989), *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres: Hutchinson Radius.
- Melucci, A. (1994), "¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?", en E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad (119-150)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Melucci, A. (1996), *Challenging Codes: Collective Action in the information Age*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Mische, A. (1998), *Partisan Publics: Communication and Contention across Brazilian Youth Activist Network*, Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Ortner, S. (2006). *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject (107-128)*, Duke: Duke University Press .
- Rockwell, E. (2009), *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*, Buenos Aires: Paidós.
- Sequera, J. (2011). Del movimiento vecinal a las movilizaciones por una vivienda digna en Madrid. De la necesidad hecha derecho al derecho hecho necesidad, *Nómadas* (29).
- Sewell, W. H. (1994), *A Rhetoric of Bourgeois Revolution: The Abbé Sieyès and "What Is the Third Estate?"*, Durham: Duke University Press.

- Snow, D. et al. (2006 [1986]), “Procesos de alineamiento de marcos, micromovilización y participación en movimientos”, en A. Chihu (coord.), *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales* (31-82), México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.
- Taberner, J. (2014). *Movimientos sociales en la era global del precariado*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier
- Tarrow, S. (2012 [1994]), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza.
- Thompson, E.P. (1989 [1963]), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.
- Tilly, C. (2009), *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona: Crítica.
- Torres, A. (2008), Investigar en los márgenes de las ciencias sociales, *Folios* (27), 51-62.
- Touraine, A. (1987), *El regreso del actor*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Touraine, A. (1990), *Movimientos Sociales de hoy: actores y analistas*, Barcelona: Hacer.
- Urrutia, V. (1992), Transformación y persistencia de los movimientos sociales urbanos, *Política y Sociedad* (10), 49-56.
- Varela, A. (2013), *Por el derecho a permanecer y a pertenecer. Una sociología de la lucha de migrantes*, Madrid: Traficante de Sueños.
- Villasante, T. R. et al. (1989), *Retrato de chabolista con piso. Análisis de redes sociales en la remodelación de barrios de Madrid*, Madrid: Cuadernos de Vivienda. IVIMA, SGV, Revista Alfoz-CIDUR.
- Wilhelmi, G. (2014). Izquierda revolucionaria y movimientos sociales en la transición, Madrid, 1975-1982. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid.
- Zelman, H. (2005), *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*, Barcelona: Anthropos.
- Zibechi, R. (2007), *Autonomías y emancipaciones, América Latina en movimiento*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.